

# Medidas de valor

La función principal del patrón monetario es darnos una unidad de valor. Es un principio general que toda unidad ha de consistir en una porción de la cosa que se mide, en una cantidad predeterminada y conocida de aquella magnitud de la cual es unidad. La medida de valor ha de consistir, ergo, en una porción de valor, es decir, de cosa valiosa.

Se ha hablado bastante en estos últimos tiempos del trabajo como medida de los valores. La idea tiene cierto tufillo marxista. Sabido es que para Marx el trabajo es el único manantial de valor; lo demás es empecatada supervalía. Pero examinemos imparcialmente la propuesta.

En principio, nada se opone a que el trabajo sea medida del valor, puesto que si no el único, como Marx pretende, es el principal manantial del valor. Pero el trabajo es una cosa demasiado imprecisa, un valor en potencia que se realizará o no según el éxito con que se aplique. Lo que el consumidor paga en el trabajo no es su potencia, sino su capacidad y eficacia para producir valor. El público no compra trabajo sino utilidad.

Y aún podría hablarse del trabajo como medida del valor en una sociedad que reconociera como único servicio retribuable el trabajo directo e inmediato. De todos modos, sería sumirse en inextricables problemas de equivalencia entre las diferentes clases de trabajo, ya que colocar en el mismo plano todas las capacidades y medir el trabajo tan sólo por su duración sería romper el estímulo de superación, sin el cual no vive una sociedad progresiva, una sociedad cualquiera, puesto que socialmente el estancamiento es la muerte de los pueblos estacionarios frente a los progresivos. En colectividades que reconocen además múltiples orígenes de creación de valor, sería dejarnos intacto todo el problema de la equivalencia entre

el trabajo y todas las colaboraciones productivas y sociales no reductibles a trabajo.

La unidad de valor ha de ser en principio una unidad de mercancía, un trabajo realizado y que conocemos por su eficacia patente, por la realidad tangible de un producto útil obtenido con todas las cooperaciones y asistencias necesarias para hacer fecundo el trabajo potencial.

Más una unidad de valor constituida por una mercancía ofrece un grave inconveniente. Como no hay ninguna mercancía cuya estimación con respecto a las demás sea invariable, toda unidad dada en cierta mercancía real no constituye una moneda de valor fijo, una moneda neutra. Que elijamos el kilo de trigo o de lana, siempre ocurrirá que, cuando suba la estimación de la materia elegida con respecto a las demás cosas, los precios de todas ellas bajarán, independientemente de que su valor particular no haya variado. Inversamente sucederá cuando baje el valor de la lana o del trigo: el nivel general de los precios subirá. Esto no hay manera de evitarlo en tanto se mantenga la equivalencia de la unidad de moneda con una cantidad fija de una mercancía.

Sabido es que, por razones históricas, que no son del caso, y que tienen en parte su fundamento en condiciones físicas y económicas de los metales nobles — inalterabilidad, homogeneidad, divisibilidad, alto valor —, se han elegido tradicionalmente esas substancias como patrones monetarios.

Los metales preciosos tienen el mismo defecto, en calidad de patrones de valor, que todas las demás mercancías, y aun si cabe los tienen en mayor medida, pues siendo limitados sus usos comunes, su valor se halla sometido a variar por causas puramente monetarias. Y sobre todo, siendo materias que apenas se consumen en su sentido estricto, su constante producción va acumulando cantidades rápidamente crecientes que han de ejercer su presión sobre el mercado, coincidiendo o no con necesidades también crecientes de moneda.

Este defecto se acentuó cuando, ante la imposibilidad de mantener en vigor el bimetalismo, precisamente por las constantes variaciones de valor relativo de los dos metales, vino a elegirse un patrón monometálico, y precisamente del metal menos abundante; como las variaciones obran sobre una masa relativamente pequeña, se hacen más de notar.

La elección del oro se debió un mucho al azar, al azar de que cuando la Gran Bretaña se pronunció por el monometalismo fué precisamente en ocasión en que, habiéndose sobrevaluado circunstancialmente la plata, huyó ésta moneda del mercado inglés, y entonces, haciendo de la necesidad virtud, adoptó Inglaterra el patrón de la única moneda que tenía en abundancia. Como esto ocurrió en un período de engrandecimiento imperial de la poderosa Albión y en el orbe de su prestigio financiero, todos los países se apresuraron a co-

piarlo. Ese interregno de eliminación de la plata y de gran demanda de oro se caracterizó por la enorme depreciación del primer metal y por una larga etapa de crisis pertinaces, acusada por una persistente baja de los precios oro, que termina hacia 1896, cuando después de la guerra angloboer se intensificó la producción de oro en Africa del Sur. Quizás la notable carestía de oro que se advirtió en el lapso de tiempo precedente no fué ajena a ese suceso. El oro adquirió gran prestigio y el patrón oro se convirtió en el ideal monetario de todos los países, grandes y pequeños.

Es muy corriente considerar consustancial con el patrón oro el que la moneda corriente se pueda cambiar por oro a voluntad. Esto es un error. Eso que se llama convertibilidad no es lo que constituye el patrón; no es más que el modo de mantener automáticamente la invariabilidad de valor de la unidad monetaria con respecto al patrón elegido. Pero el patrón oro consiste simplemente en haber escogido como definición de la unidad de valor una cierta cantidad de oro y el procurar mantener esa equivalencia invariable, lo mismo si

*Jermán Bernacer*

és por el procedimiento automático de la convertibilidad que por cualquier otro menos automático. La confusión se explica, sin embargo, por la razón de que los demás procedimientos de mantener la paridad no suelen mostrarse muy eficaces.

El oro no realiza el ideal de una moneda estable, que sería una moneda que, dejando oscilar el precio de cada mercancía según sus tendencias particulares, conservase un valor prácticamente inmutable con respecto al promedio de ellas, esto es, con relación al nivel general de precios.

Ante la impotencia para conseguir esto con el oro, ha habido economistas ingeniosos que han ideado cosas tan peregrinas como el dólar elástico o de goma, debido a Fisher, el cual consistiría en una unidad monetaria oro que no representaría una cantidad invariable de oro, sino más o menos oro, según que el valor del oro bajase o subiese—de aquí el nombre también de dólar compensado—, cosa tan puerilmente ingenua como si, construyéndose los litros de una substancia que se hubiese observado que variaba mucho de tamaño con la humedad, el calor, etc., se propusiese para evitar esa variabilidad, incompatible desde luego con toda medición seria, el agregar a las medidas de litro una ampollita de goma que, comprimiéndola o dejándola dilatar a voluntad, compensara las variaciones fortuitas de capacidad del recipiente.

Pero si supiéramos en cada caso lo que se había dilatado o encogido la medida, no habría problema; el problema está en que, no habiendo manera práctica de averiguar la cosa hasta después, nada nos impediría hacer mediciones absurdas.

Lo más sencillo parece, si se ha demostrado que la materia elegida para hacer litros es inadecuada, desecharla y buscar otra manera de medir. Pero lo razonable no es siempre lo que más gusta a los economistas. El arbitrio, que solemos tener por cosa muy española, también se da en otras latitudes.

GERMÁN BERNACER,

CATEDRÁTICO

Jefe del Servicio de Estudios del Banco  
de España